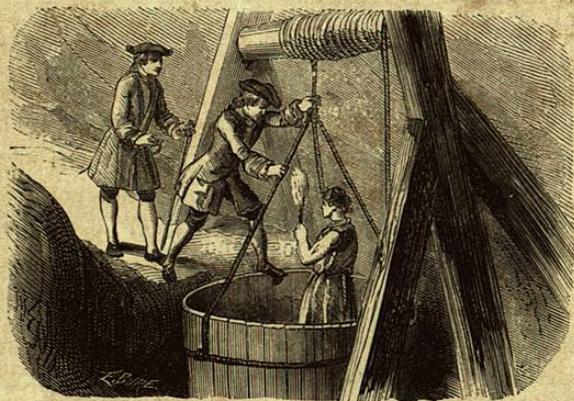


Diciendo esto, se aparta con una de aquellas dos visiones; y Alfonso sigue á la otra, que camina delante de él sin hablar palabra. Despues de haber dado algunos pasos se halla al borde de una sima, se detiene, y advierte á la entrada de ella una cuba al parecer suspensa en el aire. Arrójase á ella la guia de Alfonso, y este con intrepidez se pone á su lado. Entónces el conductor, siempre con el hacha encendida, hace resonar el aire con su triste voz. En el mismo instante se sepulta la barca en aquel abismo: parece que una mano invisible la precipita en el oscuro centro. Levantando Alfonso los ojos no ve ya el cielo sino como un punto imperceptible: de allí á poco le pierde enteramente de vista, y no ve otra cosa mas que á su extraño camarada, cuya figura le trae á la memoria al adusto barquero de los infiernos.



Al cabo de un cuarto de hora empieza Alfonso á extrañar lo largo del camino y de la inmensa profundidad de aquel precipicio. De improviso oye al rededor de sí varios torrentes impetuosos que se precipitan con estrépito por todas partes. Aquel ruido de las aguas que no puede ver, hace que se acuerde de los formidables rios del Tártaro. Su curiosidad crece al paso que su asombro; un interior presentimiento le altera y le conturba... Se siente enternecido, y ni él mismo conoce lo que siente en el pecho. Párase en fin la barca, y sale de ella apresuradamente. En el mismo instante corre Thelismar á juntarse con él, y Alfonso despues de haber andado un corto trecho advierte un resplandor que casi le ciega: á pesar de que la novedad de los objetos que nota le embargan todas las acciones, se

adelanta, y se halla en un espacioso y soberbio salon de plata, sostenido de columnas del mismo metal, y rodeado de cuatro espaciosas galerías. Un arroyo de agua cristalina corre por medio del salon y galerías. Este suntuoso edificio está alumbrado con una infinidad de lámparas y blandones. Todo brilla, todo deslumbra en aquellas regiones subterráneas. Las luces reflejan y se multiplican en la plata de las paredes y bóvedas, y en las aguas puras y cristalinas que atraviesan el salon. Entran Alfonso y Thelismar en las galerías, y encuentran una multitud de personas ocupadas en varios trabajos. Á lo último de las galerías descubre Alfonso algunas casas, ve pasar caballos, carros, y su admiracion llega al extremo reparando en un molino de viento... Pues qué, mamá, interrumpió Carolina, ¿una ciudad de plata debajo de tierra, y en ella caballos, carruajes y un molino de viento?... — Todavía existe esa ciudad del mismo modo que acabo de pintarla, pero dejadme acabar mi cuento, y no me volváis á interrumpir.

Volvió Thelismar con Alfonso á las galerías. En el instante en que entraban se estremece Thelismar, y advirtiéndole que las luces se iban apagando, levanta la cabeza, y ve en lo alto una especie de velo blanquecino. Inmediatamente agarra á Alfonso por el brazo, y le obliga á tenderse boca abajo en el suelo. Al mismo tiempo un grito terrible y general hizo retumbar las bóvedas del subterráneo; se apagan todas las luces, y á la mas brillante iluminacion se siguen unas espantosas tinieblas. Un profundo silencio aumenta el horror de aquella tenebrosa escena. En fin, á breve rato se oye un ruido semejante á un cañonazo. Entónces todos se levantan del suelo gritando que ya ha pasado el peligro. Vuelven á encender todas las luces, y Thelismar, volviéndose á Alfonso, le dice: La muerte ha pasado sobre nosotros. Tal es el riesgo formidable á que se está expuesto á menudo en estos profundos abismos, frutos de la humana codicia. ¡Ah, no es este pueblo infeliz privado de la luz del sol quien disfruta los tesoros que arranca del seno de la tierra! La pobreza los obliga á bajar en vida á este funesto sepulcro. En medio de las riquezas que los circundan carecen aun de lo necesario; se consagran al trabajo mas penoso; destruyen su salud, y apresuran el término de una vida infeliz.

¡Oh cielos, interrumpió Alfonso, cuánta lástima me causan estas desgraciadas víctimas! Pero ¿qué habrá sucedido allá abajo? ¿no

ve Vd. la gente que se junta?... Iban acercándose á ver lo que habia sucedido, cuando encontraron un hombre que les dijo : que en el instante en que el vapor mefítico se habia esparcido por el subterráneo, habia herido á un trabajador que tardó en apagar su luz, y que aquella gente acudia á su socorro. Aquí tengo, dijo Thelismar, un frasquito que podrá servirle; vamos pronto á socorrerle. Llegan al monton de gentes, y penetrando por entre todos se acercan al herido. Estaba aquel infeliz tendido en el suelo y sin sentidos. Ya está muerto, dijo uno de sus compañeros al ver llegar á Thelismar. Penetrado Alfonso de compasion se acerca, le mira... se estremece... se retira... se arroja á él... vuelve á mirarle como espantado; la sangre se le hiela en las venas; se le erizan los cabellos, y como si le hubiese herido un rayo, cae desmayado sin poder proferir una palabra al lado del desventurado, cuya vista ha producido en él una revolucion tan terrible.

Acude volando Thelismar á socorrerle. Encarga el herido al cuidado de los que le cercan, entregándoles el frasquito y su bolsillo, y hace llevar á Alfonso á otra galería. Al cabo de un cuarto de hora hace Alfonso un movimiento y abre los ojos, dando un doloroso grito. En su semblante y facciones desfiguradas se ve retratado el exceso de la desesperacion mas horrible... Finalmente exclama : ¡ Mi padre!... él es! Ese es mi padre... Bárbaros, volvedme mi padre... quiero que me lleven á sus piés... quiero volverle á ver... quiero morir con él... ¡ En qué sitio, en qué estado le encuentro!... Ya es muerto, ¡ y yo aun vivo!... ¡ Yo gozaba de la luz del dia, y mi padre gemia en este espantoso abismo!... Déjeme Vd., prosiguió, desviando á Thelismar con aire feroz, déjenme todos; huyan de un monstruo indigno de volver á ver el dia. Renuncio al mundo, á la dicha, á la luz; esta sima será mi sepulcro : ¡ ay de mí, que ya es el de mi desgraciado padre!... Á lo ménos la muerte va á juntarnos...

Pronunciando Alfonso estas razones con voz interrumpida, hacia vanos esfuerzos por desasirse de los brazos de su amigo... Detente, le decia Thelismar, detente, Alfonso. ¿ No conoces ya á tu amigo, ó no atiendes á su voz?... — ¡ Ah, no veo mas que á mi padre : no oigo ya sino los gritos de la naturaleza que clama en lo íntimo de este corazon despedazado! — Sosiégate, vuelvo á decirte; tranquilízate si puedes un solo instante, y escúchame. Si es cierto que una semejanza engañosa no te ha alucinado, aun puedes conservar

alguna esperanza... — ¡ Oh cielos! ¿ pues qué, vive todavía? — Y su herida puede que no sea peligrosa... Dios mio, exclamó Alfonso arrodillándose y levantando los brazos al cielo, Dios mio, ten piedad de mis remordimientos y desesperacion; vuélveme á mi padre... corramos, amado Thelismar, lléveme Vd. á verle... — No, dilatemos algun tiempo una visita que podrá ocasionarle resultas muy fatales... — ¿ Pero me asegura Vd. que vive? — Sí, y te afirmo que el hombre que has visto aquí sin sentidos no tiene mas que una herida. He mandado que luego que volviese en sí le sacasen de subterráneo, y ya está léjos de aquí. — ¿ Con que ha recobrado el sentido? ¿ Ha hablado! ¿ Oh Thelismar! ¿ Me engaña Vd.? — Si no quieres creerme quédate aquí y pregunta á todos los trabajadores, que yo voy al punto á cuidar de él, porque he mandado que le llevasen á casa... — ¿ En casa?... mi padre... ¿ es posible! — Le han llevado en nuestro mismo coche. — ¡ Ah! vamos corriendo; no tardemos...

Inmediatamente salieron Alfonso y Thelismar de la galería, y acompañados de las mismas guias con que bajaron, salieron del subterráneo. Tuvieron que volverse á pié al castillo; no obstante á la mitad del camino hallaron un criado que les traia dos caballos. Hízole Alfonso mil preguntas acerca de su padre, pero no pudo averiguar nada de cierto. Sus sospechas y dudas volvieron á revivir, y la inquietud que le devoraba era tanto mas insoportable cuanto no se atrevia á manifestársela á Thelismar. Llegaron por fin á la casa, en vano quiso Alfonso acompañar á Thelismar al cuarto del enfermo : No podrias contenerle, le dijo Thelismar; si es cierto que es tu padre, mañana te llevaré á sus piés; pero déjame ántes el tiempo preciso para prepararle.

Precisado Alfonso á obedecer, pasó todo el dia en una turbacion y desasosiego indecible. Finalmente, no pudiendo aguantar mas tiempo una incertidumbre tan cruel, tomó el partido de ocultar á Thelismar su pensamiento é introducirse aquella misma noche en el cuarto de su padre. En efecto, luego que se acostó Thelismar, se encaminó hacia el cuarto del enfermo. Ya sabia en el que le habian puesto, y que podia entrar sin que le viesse. Abre poco á poco la puerta, y entra en el cuarto con pasos trémulos : en el mismo instante oye la voz de don Ramiro. Enajenado y fuera de sí, se pára á escuchar; pero ¡ qué grande fué su dolor al conocer por sus razones que estaba delirando!... ¡ Álvarez! gritaba el infeliz don Ra-

miro, ¡Alvarez! ¡ven á sacarme del horroroso abismo en que me has precipitado!... ¡ten lástima de mis penas! ¡Mírame con ojos compasivos!... ¿Pero qué digo? ¿Acaso podrán penetrar tus ojos desde las celestiales moradas que habitas hasta el centro de este abismo?... ¡Oh y qué horroroso es este abismo!... Por todas partes veo la tumba de tu esposa é hijo... ¿No dejarán de perseguirme sus sombras pálidas y amenazantes?... ¡Oh Dios! ¡qué veo!... ¡Álvarez, tu hijo pone un puñal en la mano del mio! ¡Alfonso toma á su cargo tu venganza, y quiere traspasarme el pecho!... ¡Detente, hijo mio!... ¿Eres tú quien debe castigarme?... ¡Hijo mio! Tú me das la muerte, y tú me abandonas... ¡Ah, ven á lo ménos á recibir mis últimos suspiros!... Al oír estas palabras Alfonso, cuya desesperacion pasa ya á furor, va á arrojarse á los brazos de su padre... En aquel mismo instante Thelismar, que le habia seguido, se precipita corriendo á él, y á pesar de sus gritos y resistencia le arrastra fuera del cuarto.

Llegó por fin el médico que Thelismar habia hecho llamar. Don Ramiro estaba algo mas sosegado; pero el médico no quiso decir nada hasta ver el efecto que producian los remedios que le hizo. Cobró don Ramiro el conocimiento, y al amanecer aseguró el médico que estaba ya fuera de riesgo. El exceso de la alegría de Alfonso al oír esta nueva igualó al del dolor que hasta entónces le habia oprimido. Recobrando la esperanza de conservar á su padre, recobró tambien su ternura y obediencia para con Thelismar. Hacia ya algunas horas que Thelismar veia por la primera vez á Alfonso injusto, violento é intratable; pero tranquilo ya acerca del estado de su padre, volvió á ser sumiso, juicioso y mas amante que nunca de su bienhechor.

Luego que don Ramiro supo que estaba en casa de Thelismar hizo una exclamacion, y al instante preguntó por Alfonso; ya no fué posible dilatar el que se viesen. Thelismar fué á buscar á Alfonso, y le condujo al cuarto de don Ramiro. Alfonso bañado en lágrimas, azorado y atónito corre á arrojarse de rodillas cerca de la cama de su padre que le extiende los brazos. ¡Oh padre mio, exclama Alfonso, oh amado autor de mi vida! ¿es posible que vuelvo á verle?... ¿y que Vd. se digna recibir en sus brazos á un hijo ingrato?... ¡Ah! sin duda que ha leído en mi corazon mi arrepentimiento, mi dolor y mi ternura... ¡Padre mio! Yo le consagro á Vd. mi vida, no la quiero sino para reparar mis yerros, para ha-

cerle á Vd. feliz y para obedecerle... ¡Hábleme Vd., padre mio! Oiga yo el sonido de esa voz que tanto reverencio!... El perdon que imploro confirmado con ella me volverá el sosiego y la felicidad que sin Vd. no podia tener! — ¿No es ilusion, dijo al cabo de un rato don Ramiro, es este Alfonso, es mi hijo el que estrecho entre mis brazos?... No, no atribuyas á nadie sino á mí la causa de tus culpas y de mis infortunios... Pero el cielo se apiada puesto que nos junta... Te vuelvo á ver, y cuanto he padecido es nada... La debilidad de don Ramiro le impidió hablar mas; perdió el color, y reclinó la cabeza contra el rostro de su hijo. Asustado Alfonso se levantó apresuradamente y llamó al médico; este le aseguró que no era nada, pero mandó al enfermo que no hablase mas por entónces.

Este suceso retardó un poco el progreso de su convalecencia; no obstante al cabo de cuatro dias pudo levantarse. Entónces Alfonso le refirió cuanto le habia sucedido: don Ramiro manifestó á Thelismar la gratitud de que estaba penetrado, y luego que estuvo enteramente restablecido quiso tambien contar á Thelismar su historia en presencia de su hijo. Confesó enteramente todos sus yerros; y no ocultó ninguna circunstancia de la historia de Alvarez, aquel virtuoso ermitaño portugues que habia encontrado en Monserrate. Luego que llegó al punto de la fuga de Alfonso prosiguió su narracion en estos términos:

« La huida de mi hijo me penetró de un dolor tanto mas vivo, cuanto me era imposible no mirar este suceso como un justo castigo del cielo, y el efecto de las maldiciones pronunciadas en otro tiempo contra mí por un padre desgraciado. ¡Ah! me decia yo á mí mismo, ¡qué justos, qué rectos son los decretos de la Providencia! Yo abusé de mis riquezas y privanza, y el cielo me priva de uno y otro. Mi detestable ambicion quitó al infeliz Alvarez una esposa y un hijo. La divina venganza me arrebató en fin el único bien que podia suplirme todos los demas... Mi hijo, mi sola esperanza... ¡Alfonso me abandona!... Y cuando me veo en medio de este cúmulo de desgracias no puedo quejarme de ellas. ¡No puedo atribuir las á la suerte; yo, yo mismo me las he ocasionado!... De este modo, gimiendo sobre mi suerte, me veia precisado á admirar la justicia del cielo que me perseguia.

« Sin embargo á fuerza de informaciones supe que mi hijo habia tomado el camino de Cádiz, pero no pude seguirle al instante como

lo deseaba y habia determinado. Tuve que detenerme en Granada seis semanas á causa de unas calenturas ardientes que me asaltaron. Al cabo de este tiempo, aunque ya seguro de no poder alcanzar á mi hijo, persistí en pasar á Cádiz con la esperanza de que á lo ménos tendria de él algunas noticias. Luego que llegué á Loja me detuve en una posada, en la cual segun las señas que di de Alfonso, y las respuestas del huésped, supe sin que me quedase duda de ello, que habia estado algunas horas. Quise dormir en aquel mismo cuarto, y le registré con sumo sobresalto y curiosidad. Encontré debajo de una mesa un papel, y en él escritos dos versos portugueses, en los cuales estaba repelido por tres veces el nombre de *Dalinda*. No pude dejar de conocer la letra de mi hijo, y como hallé escrito tambien el mismo nombre repetido en los versos y escrito sobre las paredes, me chocó, y lo escribí en mi librito de memorias. Al llegar á Cádiz me informé de Alfonso y aun de *Dalinda*. Estos nombres eran desconocidos á todas las personas á quien hablé; pero al fin supe que un jóven portugues, que ocultaba con mucho cuidado su nombre y calidad, habia estado diez dias en Cádiz en compañía de una jóven, que al parecer habia robado, y que estos dos fugitivos habian pasado á Francia con ánimo de establecerse en aquel reino. No dudé que mi hijo fuese el robador, y la jóven aquella *Dalinda*, de la cual ya habia yo sospechado que estaba enamorado. Al punto mismo resolví pasar á Francia; pero antes volví á Lisboa para tomar algun dinero de los caídos de mi pension; é inmediatamente marché á Paris. Despues de mucho tiempo, pesquisas y trabajos, conseguí encontrar á los fugitivos cuyas señas me habian dado en Cádiz; y el fruto de tantos afanes fué hallarme con dos personas que me eran absolutamente desconocidas.

« Hasta entónces habia conservado la esperanza de volver á hallar á mi hijo. Pero perdida ya esta, me hallé tan desanimado y melancólico, que determiné abandonar para siempre el mundo, sepultándome en la misma soledad que el virtuoso Álvarez habia elegido. Llegué á Monserrate, fui corriendo á la ermita de Álvarez; ¡pero infeliz de mí! aquel venerable anciano se acercaba ya al término de sus trabajos. Le hallé próximo al sepulcro: me recibió no obstante con aquella afabilidad é inalterable dulzura que le caracterizaban. Le di parte de mi desgracia, me escuchó enternecido, diciéndome despues: ¡Oh cuánto me alegrára que hallases en este

pacífico asilo algun alivio á tus males!... Si quieres establecerte en esta gruta en breve la poseerás solo... ¡Pluguiera al ciclo que del mismo modo que te la cedo me fuese posible dejarte tambien la tranquilidad de que gozo!

« Tal fué la acogida que me hizo Álvarez: no me cansaba de admirar cada vez mas una virtud tan perfecta. Léjos de que su presencia aumentase mi turbacion y remordimientos, cuando estaba en su compañía me sentia mas sosegado; hallaba una dulzura inexplicable en oírle, contemplarle y servirle; cada instante se aumentaba mi afecto, y en breve hubiera deseado prolongar sus dias, aunque hubiese sido á costa de los míos. No le habia referido al principio mis desgracias por extenso, solamente le habia dicho que mi hijo me habia abandonado, y que guiado de algunos indicios le habia buscado, aunque en vano, en Francia. Pero habiéndome instado Álvarez algun tiempo despues que le refiriese mas por menor mis sucesos, le hablé de aquellos dos versos portugueses que habia encontrado en el cuarto de la posada de Loja. No bien hube acabado de pronunciar el nombre de *Dalinda*, cuando Álvarez interrumpiéndome, me dijo: Tráeme de aquel armario el libro en donde de diez años á esta parte voy sentando los nombres de todos los extranjeros que han venido á visitar esta ermita.

« Al punto voy volando al armario, le traigo el libro, y Álvarez me hace leer la nota siguiente: « Hoy 20 de Junio ha venido á verme una familia sueca; el padre, que se llama Thelismar, habla bastante bien el portugues; me ha encantado con su instruccion y sencillez; viene de vuelta de Portugal y va á Cádiz, en donde cuenta embarcarse para pasar al África. Su hija es sumamente hermosa y modesta. Su padre ha querido que me enseñase algunos de sus dibujos. Ha sacado de su faltriquera una cartera en que habia varios países copiados del natural; uno solo hay hecho de memoria, y es precisamente el mas perfecto y gracioso. Este país representa la Fuente del Amor en la provincia de Beira. La hermosa doncella se llama *Dalinda*. »

« Esta nota aclaró todas mis dudas, y me causó el primer gozo que habia experimentado desde que Alfonso me dejó. Aun me quedaban muchas inquietudes crueles, pero á lo ménos ya habia tenido algunos indicios ciertos que hacian revivir la esperanza de poder encontrar á mi hijo. Tambien supe de Álvarez que Thelismar

le habia dicho que sus viajes durarian cuatro años ántes de volver á su patria. Por tanto, prosiguió Álvarez, si tu hijo está con él, no puedes verle hasta que pasen dos años; pero solo en Suecia podrás adquirir noticias ciertas de Alfonso... No, Álvarez, le interrumpí, no, yo no le abandonaré á Vd. en el estado en que se halla... ¡Oh Álvarez! Vd. ha franqueado un asilo á su perseguidor; Vd. le ha dado consejos, le ha consolado, y le permite servirle y aliviarle... Tanta magnanimidad, al mismo tiempo que aumenta mi arrepentimiento, disminuye no obstante los espantosos temores que me causaban mis remordimientos. Al ver que Álvarez no está ya irritado contra mí, me parece que el Dios de las venganzas que me persigue debe aplacarse. Solamente á la religion debo la sublime piedad que Vd. me manifiesta; pero si su corazon pudiese admitir parte de los sentimientos del mio... aun me atreveria á esperar la proteccion del cielo... En tanto que le hablaba de esta suerte, mis ojos se llenaban de lágrimas. Mirándome Álvarez enternecido, me dijo: ¿Pues qué, mi amistad podria disminuir tus infortunios y calmar la cruel agitacion de tu alma?... Ya puedes estar contento... Yo admito tu cuidado, tus socorros... tu mano, sí, la mano de don Ramiro cerrará los ojos de Álvarez...

« Al pronunciar estas palabras no pudo el virtuoso anciano reprimir su llanto. Demasiado conocí el cruel recuerdo que le atormentaba el corazon... ¡Al tiempo mismo que me aseguraba de su amistad, el infeliz lloraba á su hijo!... La noche que se siguió á esta conversacion, sintiéndose Álvarez mas oprimido que lo regular, quiso levantarse. Se apoyó en mis brazos, y pasó á su jardin, en donde se sentó. Los rayos de la luna daban sobré su rostro; su luz plateada haciendo mayor la palidez de él, aumentaba la dulzura de su fisonomía, y de la augusta serenidad retratada en su frente. Levantó los ojos y las manos al cielo, se mantuvo en esta postura inmóvil y como arrobado algun tiempo, y despues volviéndose á mí: Oh tú, me dijo, que tres meses hace me tributas todo el cuidado que un padre podria esperar del hijo mas amante... recibe en fin todo lo que te puedo dejar... recibe la bendicion paternal de Álvarez. ¡Oh, padre mio, exclamé, arrojándome á sus piés, amado padre! ¡Ah! ¿Qué me anuncia Vd.?... — Sí, replicó Álvarez con voz débil, vas á perder un padre que la religion te habia dado... dentro de un instante, hijo mio, compareceré delante del Ser Supremo, cuyos mas

sublimes atributos son la clemencia y bondad... ¡Oh Dios, prosiguió Álvarez arrodillándose junto á mí... Dios, mi Criador y mi Juez! Ya me veo inmediato á aquel tremendo instante en que el mas virtuoso de los hombres debe temer tu justicia... ¡Me atrevo á esperar en tu misericordia!... ¡Hé sabido perdonar!... ¡Mira en qué brazos espiro!... ¡Mira por quién corren mis lágrimas!... ¡Mira á favor de quien te imploro!... Escucha, Dios mio, los gemidos de don Ramiro. Su alma no está corrompida, es sensible, y puede elevarse hasta ti... Acaba de purificar su corazon y de abrir sus ojos... Vuélvele su hijo! Vuélvele la paz y la felicidad!... Dígnate de oír la postrer súplica de Álvarez!



« Al acabar estas palabras reclinó su cabeza en mi pecho, y mis lágrimas regaron su rostro venerable... ¡Infeliz de mí! ¡Yo acababa de recibir su último aliento!... Ya no existia Álvarez... Experimenté con su pérdida toda la amargura que puede causar la muerte del padre mas amado y mas digno de serlo. No obstante, empezaba ya á gozar de los felices frutos de la solemne y dulce bendicion que me habia dado: al acordarme de las últimas palabras de Álvarez, ya me parecia que no era yo una víctima destinada á las venganzas del cielo: las mas lisonjeras esperanzas expelian de mi corazon los funestos presentimientos que ántes me inspiraban mis delitos.

« En el recinto de la humilde morada de Álvarez, al lado de una fuente, á la que hacian sombra unos olivos, levanté con mis propias manos el túmulo silvestre que debia contener las preciosas reliquias

del mas virtuoso de los hombres. Al punto que cumplí con esta obligacion, no aspiré á otra cosa mas que á ir á Suecia. Pero para emprender tan largo viaje necesitaba de dinero. Escribí á Portugal suplicando que se me concediesen dos años adelantados de mi pension exponiendo los motivos que me obligaban á ello : se me concedió esta gracia. Fui por la última vez al sitio en donde descansaban las cenizas de Álvarez; regué con mis lágrimas la yerba y las flores que crecian sobre su tumba. Hecho esto salí de España y tomé el camino de Suecia. Mi primer cuidado luego que llegué á Stokolmo, fué el de informarme de si Thelismar estaba de vuelta en su patria. Supe que no volveria sino dentro de un año; que su mujer y su hija no le habian acompañado, y que vivian en una quinta inmediata á Salseberitz : y cuando me disponia para ir las á ver, supe que estaba para llegar á Stokolmo un amigo íntimo de Thelismar llamado Federico que habia viajado algun tiempo en su compañía. Entónces queriendo absolutamente ver á Federico me quedé en Stokolmo. Le estuve aguardando algunos meses, al cabo de los cuales llegó. Fui á verle, y le hablé sin darle á conocer. Le hice varias preguntas acerca de Thelismar, y supe sin que me quedase duda que Alfonso vivia, y que la Providencia le habia puesto bajo la custodia y entre las manos de un hombre tan sabio y virtuoso.

« Enterado ya del paradero de mi hijo sentí mas que nunca la desgracia de que me hubiese abandonado... Ignoraba yo su arrepentimiento y su dolor, é ignoraba asimismo que me hubiese escrito... No habiendo estado en Lisboa desde que me dejó mas que una sola vez, y esa de paso, y no habiendo vuelto á la provincia de Beira, no pude recibir sus cartas, que sin duda se habrán perdido. No pudo decirme Federico en qué parte del mundo se hallaba entónces Thelismar, por lo cual me determiné á ir á Salseberitz. No hallé en esta ciudad, ni á la hermosa Dalinda, que tanto deseaba ver, ni á su madre. Me dijeron que habian ido á viajar, y que no volverian sino hasta venir con Thelismar. Vine despues á esta quinta; hice varias preguntas á los criados, que me respondieron asegurándome que Thelismar habia vivido siempre en ella, y que le esperaban dentro de tres meses. Esta certeza me obligó á establecerme en Salseberitz, en donde me mantuve oculto y desconocido. Mi proyecto era ponerme delante de mi hijo luego que llegase; ver el efecto que producía en él esta primera vista, y si su corazon no

correspondia al mio, abandonarle para siempre, yendo á acabar mis tristes dias junto al sepulcro de Álvarez.

« Entre tanto no llegaba Thelismar; mas de un año pasé en este estado, que cada dia me era mas insoportable. Iba á escribir á Portugal para avisar del sitio adonde me habia retirado, y pedir que me enviasen mi pension, cuando me asaltó una enfermedad. Unas calenturas ardientes me privaron algun tiempo del uso de la razon : en esta ocasion, un traidor que me servia de criado huyó llevándose toda la ropa y dinero que me quedaban. El hombre en cuya casa estaba hospedado, tuvo la humanidad de ocultármelo hasta que estuve enteramente restablecido. Entónces me hizo saber esta desgracia... me sujeté á ella con valor : miré este último reves como un medio que el cielo me concedia para acabar de expiar mis culpas. Esta idea me alentó, y conocí que la dulce y piadosa resignacion presta mas auxilios á los infelices que la esperanza misma. Escribí á Lisboa, y en tanto que venia una respuesta, que aun no he tenido, solicité que me diesen que trabajar en las minas de plata; lo conseguí, y he vivido tres meses en aquellos profundos subterráneos. »

No bien habia acabado don Ramiro su narracion, cuando Alfonso, cuyo llanto la habia interrumpido varias veces, se arrojó á sus piés, y le dijo las expresiones mas tiernas que el arrepentimiento, la gratitud y el amor pueden inspirar á una alma noble y sensible. Don Ramiro en el colmo de la dicha apretaba á su hijo entre sus brazos, y le bañaba con sus lágrimas, y Thelismar encantado los contemplaba en silencio.

Finalmente, don Ramiro, Thelismar y Alfonso marcharon á Stokolmo. Thelismar presentó á Alfonso á la amable Dalinda. Alfonso se desquitó del penoso silencio á que Thelismar le habia condenado tanto tiempo. Cuando Dalinda supo que era amada cinco años habia, conoció el poder que el honor y la gratitud tenian en su amante. ¡Cuánto se aplaudió Alfonso entónces de haber sido fiel á su promesa! Este virtuoso esfuerzo le habia granjeado el aprecio y amor de Dalinda.

El virtuoso Alfonso recibió la mano de Dalinda : justificó con su conducta y virtudes la eleccion y afecto del generoso Thelismar; reparó sus culpas para con su padre con una sumision y cariño sin límites : nunca se separó de él ; fundó su gloria y felicidad en cumplir debidamente con las obligaciones de la naturaleza, gratitud y

amistad, haciendo felices á su padre, á su bienhechor y á su esposa.

¿Pues qué, dijo Carolina como apesadumbrada, se ha acabado ya la historia de Alfonso? — Y la *velada* tambien, replicó su madre levantándose. — ¡Oh qué lástima...

Al día siguiente preguntó la Marquesa á sus hijos si habia desempeñado bien la promesa que habia hecho de componer un cuento que fuese tan maravilloso como los de encantos, y cuyos prodigios no obstante serian verdaderos. Sí, señora, respondió Carolina; y pues que en la naturaleza hay cosas tan extraordinarias y curiosas, puede Vd. estar cierta que de aquí en adelante no iremos á buscar en los cuentos de encantadoras las cosas prodigiosas que tanto nos agradan. — Cuando leáis libros instructivos sabréis otra infinidad de cosas tan admirables como las que os he contado. Si yo hubiese querido emplear todos los materiales que habia juntado, hubiera sido la historia de Alfonso un tomo en folio: hubiera sido tambien mas divertida, porque, para abreviarla todo lo posible, he tenido que quitar varias descripciones y relaciones y varios fenómenos curiosos; y no obstante no habia puesto en mis extractos sino hechos ciertos y comprobados. He omitido todos aquellos que me han parecido falsos ó dudosos. Si hubiese sido ménos escrupulosa os hubiera hablado de un lugar cuyos habitantes se vuelven locos á la edad de diez y ocho años; de una fruta de la Virginia que no se puede comer sin padecer un delirio por tiempo determinado; de un árbol cuyas ramas, aunque verdes, despiden tanta luz como una hacha.

En efecto, dijo entónces el abate, me parece que hubiera Vd. podido sacar mas partido de los fenómenos de la electricidad.

Le aseguro á Vd., replicó la Marquesa, que he hecho todo cuanto podia, y si no he puesto mas, ha sido por una razon muy buena: esta es, que no entiendo una palabra de Física; he asistido, como *otra cualquiera*, á un curso de Física, pero me sucede lo que á *otra cualquiera*, que no por eso sabe ni entiende de Física...

Pero, replicó el abate, si Vd. me hubiese creído capaz, me hubiera encargado con gusto de estos pormenores.

Amigo mio, respondió la Marquesa, nunca debe una mujer permitir que hombre alguno añada una sola palabra á ninguna obra que ella haya compuesto. El hombre á quien consulte, pasará

siempre por inventor, y á ella la acumularán que se honra con trabajo ajeno. Cualquiera puede ser virtuoso, y mal autor, pero no puede ser estimable aquel que se apropia una obra que no ha hecho: por tanto, se debe evitar con el mayor cuidado todo lo que pueda ocasionar una acusacion tan denigrativa. Vaya Vd. contando las mujeres que han escrito con algun aplauso, y hallará que casi todas han padecido, aunque injustamente, la nota de esa vileza. Son tantos los ejemplos de esta clase, que deberian obligar á las mujeres literatas á no consultar nunca á los hombres que lo son, ni tener amistad estrecha con ellos.

Esta conclusion hirió vivamente el amor propio del abate. Segun eso, dijo sonriéndose, no sin algo de malicia, ¿si Vd. señora, llega á ser autora y hace imprimir sus obras, no consultará á nadie? Sí por cierto, respondió la Marquesa, pero en este caso buscaria la verdad, y no alabanzas y vanas lisonjas: para esto no me valdria de gentes extrañas, ni literatas; juntaria solamente á mi familia, y le leeria mis obras; y si se durmiese ó se enfadase de la lectura, me aprovecharia prudentemente de esta critica, que me parece la mejor de todas.

No respondió el abate, pero se le conocia en el semblante que no era de su gusto la decision de la Marquesa. Mudó ésta de conversacion, y á breve rato volvieron los niños á hablar del cuento. ¡Qué feliz era Alfonso, dijo César, en ver tantas cosas extraordinarias! Cuando yo sea grande iré tambien á viajar con papá... veré muchos árboles raros y animales singulares...

En punto de animales extraños, interrumpió la Marquesa, entre varios que habia puesto en mis extractos, y que no he podido incluir en mi cuento, me acuerdo ahora de uno muy singular: ¿queréis que os le pinte? — Ah, sí, señora... — Figuraos un monstruo velludo, amarillo, que tiene ocho piernas, cada una armada con dos uñas muy grandes, y entre ellas una esponja mojada: ademas de estas ocho piernas tiene este monstruo dos especies de manos con que agarra su presa: su rostro está cubierto de ojos como el de Argos; tiene en la frente ocho, colocados en óvalo, y le salen de la boca dos tenazas formidables, guarnecidas de agudos garfios... — ¡Oh qué monstruo tan feo y espantoso! — Pues aun es mas particular el animal de que voy á hablaros. ¿Creeréis que hay en la naturaleza un animal que se multiplica haciéndole pedazos; y que este